

László Scholz

László Scholz es doctor en Filología Hispánica y ha traducido al húngaro innumerables textos de los autores más importantes de la literatura latinoamericana, entre ellos, Borges, Cortázar, Octavio Paz y García Márquez. En esta entrevista, se refiere a la particular situación de la lengua húngara dentro de Europa y a la importancia fundamental que la traducción tiene en su país.

—¿Cómo se produce su acercamiento a la lengua española?

Como ustedes saben, el húngaro es una lengua muy minoritaria, razón por la cual, todo el mundo en Hungría trata de aprender idiomas. Yo empecé aprendiendo inglés, luego seguí con el finlandés y finalmente, casi por casualidad, llegué al español. Aunque por esa época, no sabía que el español se hablaba en tantos países y que a través de él se podía acceder a una cultura tan vasta.

—¿Cómo fueron sus primeros contactos con el español? ¿A través de lecturas?

Sí. Me pasé años leyendo en español sin haber escuchado jamás hablarlo. Por otro lado, aprendí con un libro de texto muy anticuado, casi con fórmulas del Siglo de Oro. Por lo tanto, aprendí una lengua inexistente, absolutamente arcaica. Posteriormente, cuando ingresé en la Universidad, completé mi aprendizaje y me formé en dos áreas básicas: la de la lingüística, la lingüística histórica y la lingüística sincrónica; y la de la literatura española y de América Latina.

Recién en cuarto año de la Universidad pude viajar a Cuba y tener un contacto vivo con la cultura hispanoamericana. Después se abrieron muchas perspectivas y las aproveché. Abandoné un poco el inglés y desde hace veinticinco años me dedico al español.

—¿Al español de Hispanoamérica o al de España?

Al hispanoamericano. En la época en que cursé mis estudios universitarios los húngaros casi no teníamos contacto con España. España y Hungría eran dos sistemas rotundamente opuestos. Nuestra comunicación era más fluida con la zona del Caribe, con la zona andina y con México.

—¿Cómo llega a traducir textos hispanoamericanos?

En el Departamento de Español en el que me formé, siempre existió una especie de taller de traducción literaria. Como estudiante, participé en él durante muchos años. El profesor que nos enseñaba trabajaba también en una casa editorial estatal y a los estudiantes más interesados, o con

cierto talento, los iba educando para que pudieran publicar allí. De esta manera, existía un vínculo directo entre la Universidad y una casa editorial. Por eso, siendo estudiante, comencé a trabajar sobre textos muy complejos, que incluso hoy me resultarían difíciles de traducir. El primer texto que traduje fue un cuento de García Márquez llamado *Bracaman el Bueno, vendedor de Milagros*, un texto de ocho o diez páginas que es una pequeña obra maestra del estilo barroco. Y lo traduje de una manera un poco primitiva. En Hungría, en esa época, no había fotocopiadoras y tampoco teníamos mucho acceso a revistas internacionales. Ese cuento había aparecido en una revista y yo lo copié a mano en español para tener el original. Después trabajé en mi casa con la traducción. Amigos y profesores me ayudaron con el léxico, que era muy especial para mí y demoré mucho tiempo hasta terminar el trabajo.

—*Latinoamérica presenta una gran diversidad lingüística. ¿Se especializó usted en alguna variante dialectal particular?*

Tengo algunas especialidades. Por ejemplo, pasé algún tiempo en el Perú, por lo que manejo muy bien el español de la zona andina. También pasé algún tiempo en Cuba y me encanta la literatura caribeña. Durante dos décadas, además, me ocupé de la literatura argentina que ya es muy familiar para mí. Pero conocer el lenguaje idiosincrático de cierta zona no es el problema número uno de la traducción. La traducción es cuestión de paciencia, de buscar las palabras, hasta de encontrar cierta ayuda en los hablantes de esa lengua. Por ejemplo, mientras intentaba traducir ese texto de García Márquez del que les hablaba, consulté a muchos colombianos, pero estos no siempre pudieron ayudarme. ¿Por qué?

Porque si bien hablaban *colombiano*, no manejaban el nivel literario. Siempre lo literario, lo estético, es un elemento mucho más importante que el léxico de una zona determinada.

—*De alguna manera, la literatura exige un conocimiento de ciertos aspectos de la lengua que el hablante común no maneja...*

Yo diría que en una traducción lo más importante es encontrar lo *estético* del texto, o para usar una palabra borgeana, la voz del autor. La tarea del traductor es trasladar estos pequeños efectos estéticos, muy bien pensados y muy bien organizados en el caso de una obra maestra, a la lengua meta. Lo lingüístico, claro, es una condición previa, pero no es lo más importante. Incluso me atrevería a decir que alguien que no domina bien un idioma pero es buen literato, puede traducir mucho mejor que alguien muy versado en lo lingüístico pero que no maneja conceptos literarios. El nivel lingüístico es un instrumento indispensable pero no es lo más importante.

—*¿Siempre se dedicó a la traducción literaria?*

Sí, casi nunca traduje textos que no fueran literarios. Claro que para ganar dinero he trabajado también como intérprete. Pero como traductor, siempre me gustó dedicarme a textos valiosos.

Traducir en Hungría

—*¿Cuál es la situación de los traductores en Hungría?*

A nivel institucional, existen algunas organizaciones de traductores, pero no funcionan como en la Argentina. En cuanto a los traductores literarios, dentro de la Asociación de Escritores existe una sección que agrupa a los traductores, pero el mar-

Me atrevería a decir que alguien que no domina bien un idioma pero es buen literato, puede traducir mucho mejor que alguien muy versado en lo lingüístico pero que no maneja conceptos literarios. El nivel lingüístico es un instrumento indispensable pero no es lo más importante.

Creo que el traductor debe tener una actitud muy modesta y respetar lo suficiente al autor y al texto como para no meterse *entre* el autor y el texto. Debería ser más bien como un actor que recita algo que no es suyo o como un músico que toca una partitura organizada por un compositor.

co institucional no es muy fuerte. Al mismo tiempo, el traductor literario es una figura de mucho valor en Hungría. La traducción, como tal, forma parte de la cultura húngara de una manera muy enfática. Hungría es un país muy pequeño y hemos tenido una historia violenta. En muchos casos, cuando los escritores no podían publicar sus textos, traducían. Por eso, tenemos traducciones literarias de primerísima calidad. Para nosotros, una traducción nueva de Shakespeare, de Dante o de Goethe forman parte, de alguna manera, de la literatura húngara. Los poetas, por ejemplo, siempre han publicado volúmenes independientes con traducciones, como un aporte a la cultura.

—*Más que en ninguna otra parte, entonces, en Hungría, la traducción es una forma de escritura.*

Sí. Una vez le preguntaron a un escritor húngaro cuál era su poema favorito y él citó cierta traducción hecha por un poeta de un soneto de Shakespeare. Este tipo de afirmaciones no son mal vistas en Hungría, ya que no se otorga al texto original mayor prestigio que a su traducción. Además, de ese mismo soneto existen varias traducciones pero ese escritor prefería una en particular. Por otra parte, el nivel de la traducción

literaria en Hungría es muy alto y en eso influye la naturaleza de nuestro idioma. La lengua húngara tiene siete pares de vocales breves y largas. Esto permite imitar muy bien la versificación clásica y moderna. Nosotros no traducimos poesía como los ingleses, haciendo una transliteración, casi en prosa, de un poema extranjero; sino que mantenemos el metro, la forma y las rimas.

—*¿Traducen ustedes del húngaro a otros idiomas para difundir su literatura?*

Ese es nuestro punto flojo. Se han hecho muchas tentativas para difundir nuestra literatura en el exterior pero no siempre tuvieron resultado. Hace un tiempo, Mitterrand y el primer ministro de nuestro país acordaron publicar quince libros húngaros en francés todos los años; pero este proyecto nunca llegó a tener el éxito que merecía.

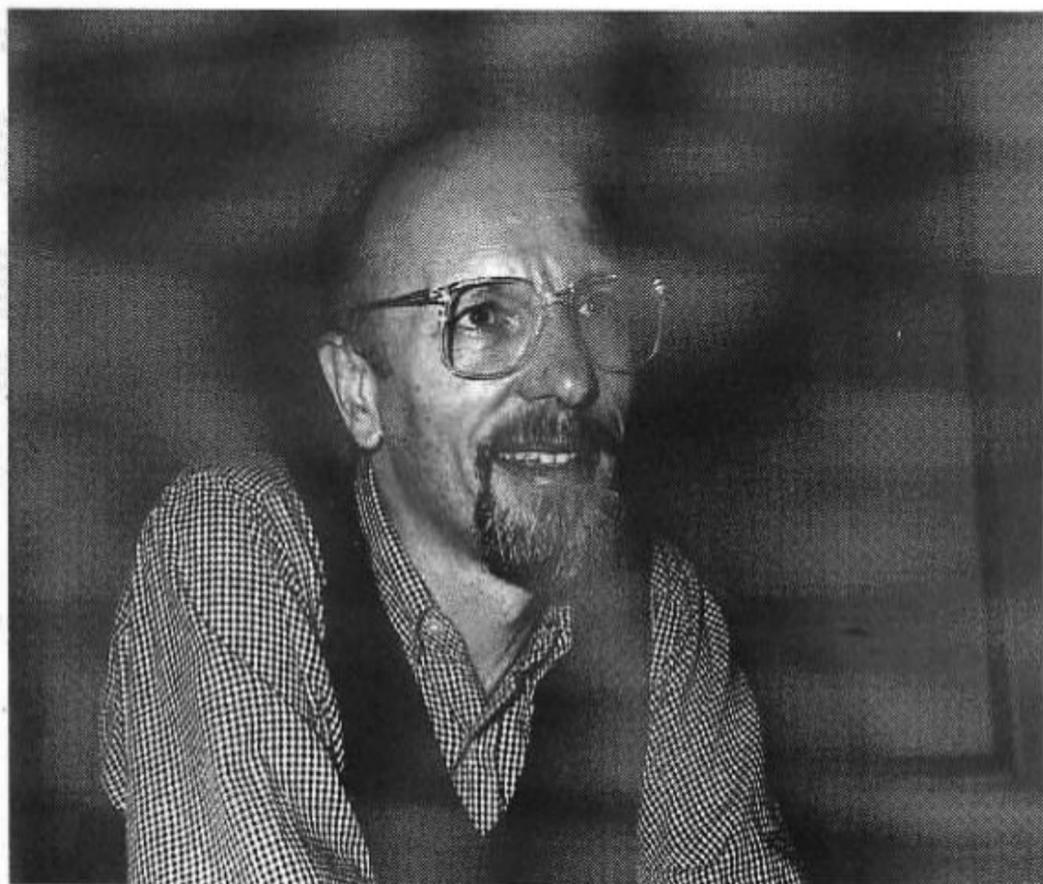
Las vacas sagradas de la literatura argentina

—*¿Qué lo llevó a acercarse a la literatura argentina?*

Siendo estudiante me enamoré de las *vacas sagradas* de la literatura argentina: Borges, Cortázar, Sábato. Escribí mi tesis doctoral sobre Cortázar y la publiqué aquí en Buenos Aires, en la editorial Castañeda, en 1977. El libro se llamó *El arte poético de Julio Cortázar*. Pero, sobre todo, me gusta Borges, que es un autor inagotable. Cortázar es un escritor de primerísima calidad pero, ahora, releendo sus cuentos con mis estudiantes, me doy cuenta de que maneja muy pocos paradigmas. Sus cuentos son muy buenos pero sus novelas son limitadas, y su poesía no parece de él. Claro, Cortázar escribió en los años sesenta y setenta y tal vez sus textos hayan perdido vigencia.

—*Si tuviera que elegir un texto de Borges, ¿cuál preferiría?*

¡Qué difícil! Sería seguramente un ensayo. Creo que el fuerte de



Borges es el ensayo. Me encantan esos pequeños textos suyos de tres o cuatro cuartillas. Me encanta lo que ha escrito sobre Bernard Shaw, Chesterton, los temas teológicos, Aquiles, y otros. Un único texto de Borges... ¡Dios mío! Es imposible.

—¿Qué repercusión tiene la literatura argentina y la latinoamericana en general, en Hungría? ¿Es leída fuera del círculo universitario?

En realidad, no hay muchas traducciones de textos hispánicos en Hungría ya que, hasta los años cuarenta o cincuenta, en mi país, *literatura extranjera* quería decir literatura francesa, alemana o inglesa. *El Quijote*, por ejemplo, fue traducido del alemán, entre otras cosas, porque no existía un Departamento de Español. El primer Departamento de Español se fundó en 1962. Y con respecto a la repercusión de la literatura latinoamericana, me resulta difícil evaluarla en los últimos años ya que por motivos extra-literarios se ha producido una cierta confusión en el gusto estético húngaro. Pero hasta los años 80, de una novela latinoamericana se publicaban entre diez mil y doce mil ejemplares, lo cual excede, obviamente, el círculo universitario. En 1976, publiqué un tomo de ensayos escogidos de Borges y la edición, que era de diez mil ejemplares, se agotó en un par de semanas. De mi traducción de *El perseguidor* de Cortázar se publicaron treinta mil ejemplares y también se agotaron.

Escritura y traducción

—¿Se puede decir que un traductor es también un escritor?

La traducción es, en cierta manera, una creación; pero no me gusta exagerar esa actitud o ese enfoque. Hay muchos que consideran al traductor un semidiós. Recuerdo una conferencia a la que asistí, en la que el expositor decía que el traductor tenía más posibilidades que el escritor porque, a veces, podía ser Italo Calvino, a veces, el Dante y, a veces,

Thomas Mann. En cambio el escritor era siempre uno: él mismo. Yo estoy en contra de este tipos de conceptos. Creo que el traductor debe tener una actitud muy modesta y respetar lo suficiente al autor y al texto como para no meterse *entre* el autor y el texto. Debería ser más bien como un actor que recita algo que no es suyo o como un músico que toca una partitura organizada por un compositor.

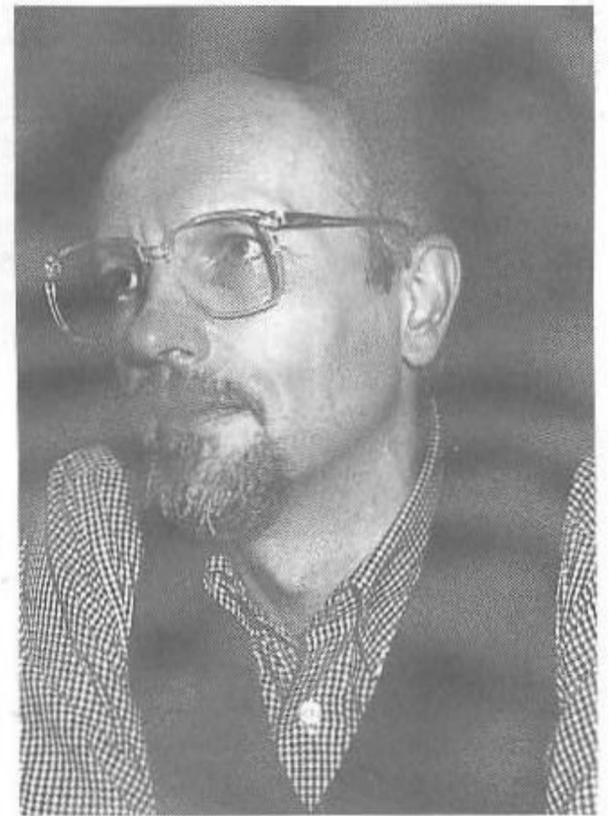
—Pero aunque la partitura sea la misma pueden existir diferentes interpretaciones.

De todos modos sigo creyendo en la importancia de la modestia. Una traducción vale por una generación: veinte o treinta años. Entonces, ¿por qué poner de relieve al personaje que realiza esta comunicación en una época dada, cuando lo más importante es la obra de arte? Es la polivalencia de la obra de arte lo que hace que perdure en el tiempo. La traducción, en cambio, no perdura.

—¿Usted diría que la traducción tiene que variar necesariamente con los tiempos, que a cada tiempo le corresponde una traducción?

En general sí, con ciertas excepciones. Hay un gran poeta húngaro del siglo pasado que tradujo varias obras de Shakespeare. Su traducción nos parece intocable porque es un texto clásico, pero los jóvenes no siempre lo aceptan y muchas veces preferirían leer una nueva traducción. Las traducciones están atadas al tiempo y como tal, fenecen y se deshacen con él.

Lázló Scholz es Doctor *Summa cum Laude* en Filología Hispánica y *Master* en Filología Inglesa de la Universidad Eötvös Lorand (ELTE). Es profesor de Traducción Literaria en el Departamento de Español de ELTE e investigador de la cuentística moderna de América Latina. Ha traducido al húngaro obras españolas e hispanoamericanas de, entre otros, Camilo José Cela, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, José Martí, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Alejo Carpentier.



Una traducción vale por una generación: veinte o treinta años. Entonces, ¿por qué poner de relieve al personaje que realiza esta comunicación en una época dada, cuando lo más importante es la obra de arte? Es la polivalencia de la obra de arte lo que hace que perdure en el tiempo. La traducción, en cambio, no perdura.
